

Espacio, tiempo y movimiento

Arqueografías: una aproximación crítica a las cartografías arqueológicas de Colombia

Carlo Emilio Piazzini Suárez

Antropólogo, magíster en Historia, candidato a doctor en Historia por la Universidad de Los Andes.

Investigador del Grupo Estudios del Territorio del INER de la Universidad de Antioquia

Dirección electrónica: ce.piazzini397@uniandes.edu.co

Piazzini, Carlo Emilio (2012). "Arqueografías: una aproximación crítica a las cartografías arqueológicas de Colombia". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 27, N.º 44, pp. 13-49.
Texto recibido: 27/08/2012; aprobación final: 13/10/2012.

Resumen. Se presenta un análisis de los mapas arqueológicos producidos en Colombia durante los siglos XIX y XX, desde una perspectiva interesada por comprender cómo las prácticas de espacialización de las narrativas sobre el pasado precolombino del país interactuaron con procesos contemporáneos de configuración territorial del estado nacional, a la vez que la emergencia y consolidación de identidades regionales y locales.

Palabras clave: historia de la cartografía, arqueología, geografías del conocimiento.

Archaeographies: a critical approximation to the archaeological cartographies of Colombia

Abstract. The paper offers an analysis of the archaeological maps produced in Colombia during the 19th and 20th centuries, from an approach that seeks to understand how the spatialization practices of the narratives about the pre-Columbian past of the country interacted with contemporary processes of territorial configuration of the nation-state, and the emergency and consolidation of regional and local identities.

Keywords: History of cartography, archaeology, geographies of the knowledge.



La arqueología ha hecho de las imágenes un recurso fundamental para sus protocolos de investigación, debido a que la atenta observación de los artefactos que estudia, sus formas, relaciones topológicas y localizaciones espaciales, es una condición básica para la producción de conocimiento. Bocetos de paisajes, dibujos isométricos de artefactos, perfiles estratigráficos, cortes de sección, plantas y planos cartográficos

son para la arqueología mucho más que una ilustración de lo que se encuentra dicho en los textos, son elementos de un lenguaje visual no restringido ni regido por el discurso lingüísticamente articulado, que contribuye de manera decisiva a otorgar autoridad epistémica a la disciplina. Asimismo, el recurso a las imágenes constituye una estrategia imprescindible a la hora de divulgar entre diversos públicos los resultados de las investigaciones.

En las historias y análisis discursivos sobre la ciencia, a menudo las ilustraciones científicas se consideran como suplementos, dispositivos accesorios del mensaje puesto en el texto escrito. No obstante, planteamientos recientes (Moser, 1998: 16) sobre el uso y rol de las imágenes en la práctica científica enfatizan en tres características:

1. Las imágenes tienen un papel activo en la construcción de las teorías científicas; contribuyen a la formulación de ideas, en lugar de limitarse a ser una representación de las mismas. De hecho, los científicos piensan usualmente en términos de imágenes visuales (piénsese en las metáforas arbóreas de las teorías evolucionistas, las metáforas marinas de Braudel o las metáforas estratigráficas de Kossielek para imaginar la pluralidad de los tiempos históricos, y desde luego, la metáfora de los rizomas en Deleuze y Guattari).
2. Las ilustraciones científicas pueden incorporar planteamientos que no son explícitos en los textos, transmitir posiciones ideológicas y políticas del ilustrador, el autor, la comunidad científica o de su ámbito social y cultural. Para el caso de los mapas, estas características han sido bien estudiadas por Harley (2001). La orientación, lo que constituye el centro de la imagen, lo que aparece y no aparece en los mapas, y lo que se pone en los márgenes de los mismos, incluso como decoración, dicen del contexto social, histórico y político de los autores y sus obras.
3. Las ilustraciones científicas tienen un gran poder de persuasión porque permiten comunicar con mayor claridad y de manera más directa ideas y conceptos que sería muy complicado expresar mediante el texto escrito. El lenguaje de las ilustraciones científicas se basa en iconos que en muchas ocasiones anteceden el surgimiento del pensamiento científico mismo; trabaja con composiciones de símbolos visuales largamente establecidos y familiares, logrando “naturalizar” y revestir de veracidad ciertos planteamientos que de otro modo parecerían sumamente artificiosos. Es más, a diferencia de los textos escritos, podemos apropiarnos de lo expresado en las imágenes, sin que medie ningún proceso de racionalización. De allí la gran eficacia de los mapas para hacer de las geografías y territorios cosas percibidas como naturales, preexistentes a las miradas.

Una parte importante de este lenguaje, que aquí denominamos *arqueografías*, se basa en los mapas arqueológicos que en menor o en mayor grado incorporan imaginarios espaciales provenientes de campos más amplios, fundamentalmente de

la cartografía, pero también de otras percepciones y conceptualizaciones espaciales. Cuando estos mapas arqueológicos son interrogados por una mirada que reconoce la estrecha vinculación entre espacio, conocimiento y poder, de la cual la cartografía es una de las evidencias más concluyentes, emergen relaciones entre las espacialidades del presente y aquellas que los arqueólogos han tratado de reconstruir a propósito del pasado remoto. Áreas y regiones arqueológicas se complican con territorialidades actuales, en una dinámica de mutua incidencia cuyo estudio a propósito de contextos geohistóricos específicos, contribuye de una parte a entender cómo funcionan las geografías del conocimiento y por otra, la arqueología como una práctica espacial en particular (Piazzini, 2010).

En esta perspectiva, se ofrece aquí un análisis de los mapas arqueológicos de Colombia producidos durante los siglos XIX y XX, lo que permite realizar un acercamiento a las prácticas de espacialización de las narrativas sobre el pasado precolombino del país, y cómo estas interactuaron con procesos contemporáneos de configuración territorial del estado nacional, y de emergencia y consolidación de identidades regionales y locales.



En 1995 se publica en una edición de alta calidad gráfica el libro *Arqueología colombiana. Visión panorámica*, a cargo de la antropóloga Lucía Rojas de Perdomo. Según la autora, se trata de una obra dirigida a divulgar las culturas precolombinas del país, entre “un amplio segmento de lectores no especialistas, por lo cual emplea un lenguaje desprovisto de tecnicismos, aunque conserva el rigor científico” (Rojas, 1995: 12). La estructura narrativa del texto se rige por una lógica fundamentalmente espacial: aparte de un capítulo inicial que actúa como antecedente cronológico, en el cual se refiere a los “primeros pobladores de Colombia”, los restantes diez capítulos están organizados conforme a un esquema geográfico de distribución de las principales zonas arqueológicas de Colombia, las mismas que son representadas en un mapa expresamente elaborado para el efecto (véase figura 1).

El efecto de naturalización de las relaciones espaciales que promueven los mapas en tanto iconos (en el sentido anotado por Mariana Lois, 2000), se hace más evidente en el mapa artístico que en este caso cierra el libro a manera de epílogo (véase figura 2).

Desbordando tímidamente los límites nacionales y las líneas costeras, un abigarrado y colorido conjunto de figuras indígenas, animales, plantas y piezas arqueológicas se dispersa a lo largo y ancho del territorio colombiano, estableciendo entre ellos y con el espacio nacional relaciones indisociables y atemporales. El mapa, como su título lo indica, es artístico y en tal sentido se da el lujo de prescindir de los elementos básicos que una gramática cartográfica moderna exige: no hay escala, no hay norte, no hay toponimia, no hay coordenadas, no hay convenciones; todo allí

es mudo, pero lo suficientemente elocuente para que un observador desprevenido reconozca una Colombia indígena, precolombina y “al natural”.

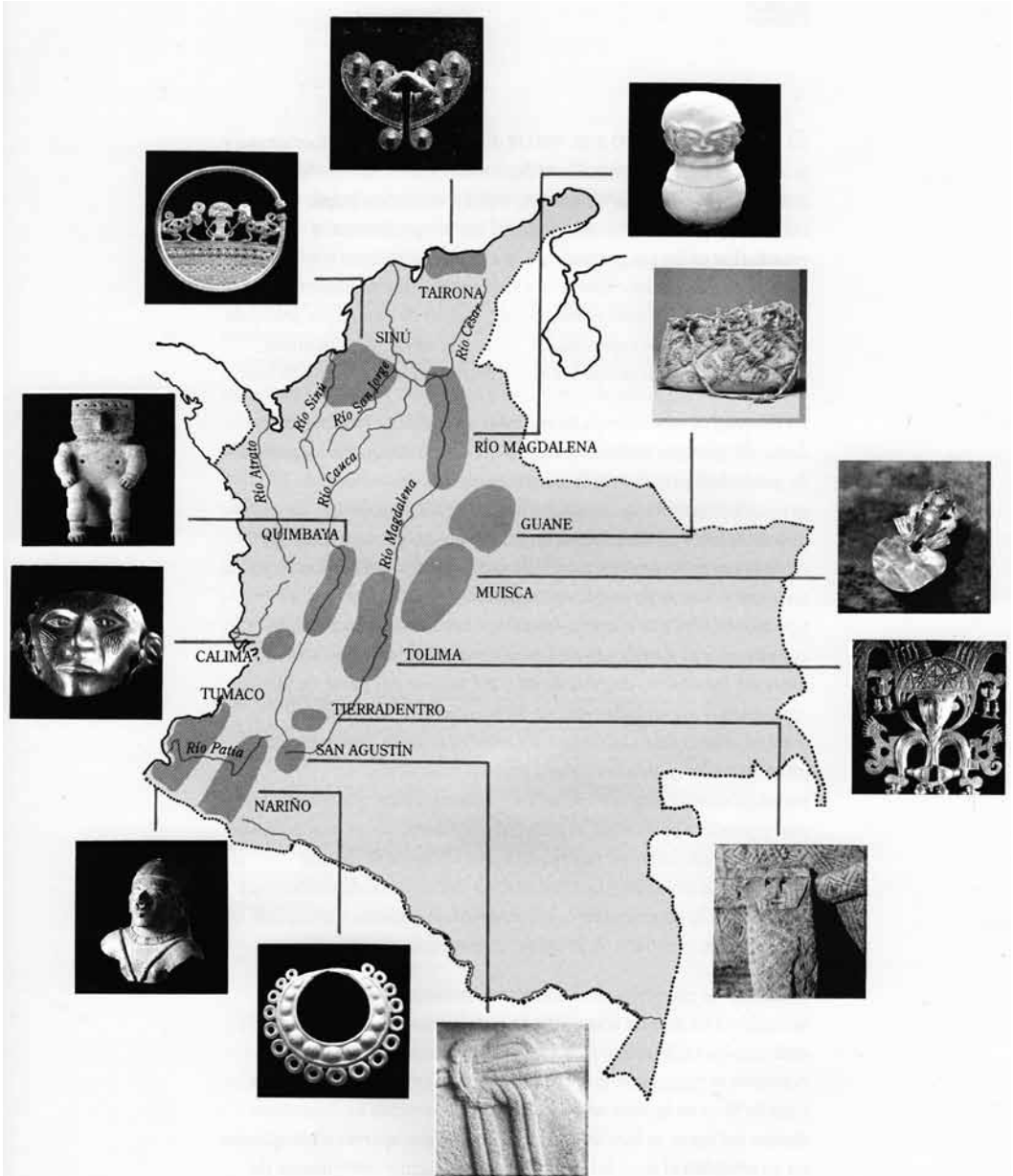


Figura 1. Zonas arqueológicas de Colombia (Rojas, 1995)

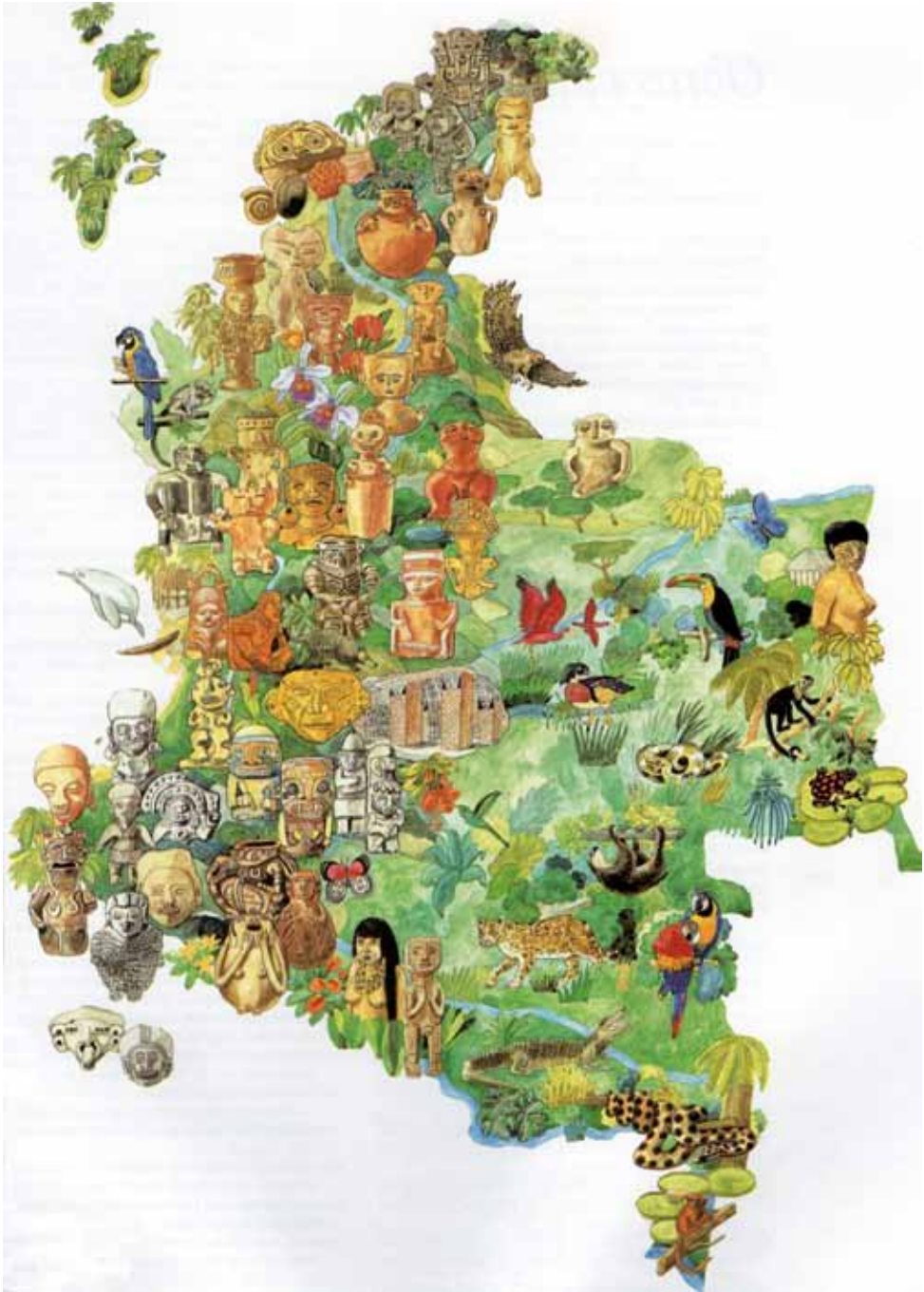


Figura 2. Mapa artístico de Colombia con ilustraciones precolombinas, indígenas, fauna y flora (Rojas, 1995)

Un observador perspicaz podrá ver que mientras las piezas arqueológicas se distribuyen por la región andina, las figuras humanas de indígenas se encuentran generalmente en las tierras bajas del Oriente. También observará, guiado por la lectura del libro, que las piezas arqueológicas dispuestas en cada espacio corresponden a figuras emblemáticas de las zonas arqueológicas del país: un guerrero muisca en Cundinamarca, una máscara de oro en Calima, las ruinas de un hipogeo en Tierradentro, unas estatuas de piedra en San Agustín, una figurina moldeada en barro de Tumaco, piezas de orfebrería Tayrona en la Sierra Nevada de Santa Marta; en fin, todo un sistema de correspondencia entre determinados iconos arqueológicos, etiquetas culturales y regiones geográficas. Pese a la creatividad que supone el que este sea un mapa artístico, la organización de las relaciones que exhibe entre lo indígena precolombino, lo indígena actual, la fauna y la flora de un territorio nacional, corresponde a un esquema espacial cuya genealogía se remonta al siglo XIX, lo cual me propongo mostrar en lo que sigue de este texto.



En buena parte de los países de América Latina, el recurso a las antigüedades indígenas como referente para la elaboración de discursos sobre el pasado prehispánico, emerge hacia mediados del siglo XIX y se consolida en prácticas arqueológicas profesionales durante el siglo XX, acompañando a las historias patrias y las memorias nacionales en el proceso de configuración de los estados (Díaz-Andreu, 1999). El estudio de casos paradigmáticos como México y Perú, hace evidente que la arqueología constituye una práctica eficaz en la tarea de fundamentar los proyectos nacionales, en cuanto produce discursos sobre el pasado que contribuyen a generar un imaginario según el cual el origen de las naciones se remonta hasta épocas precolombinas. En estos casos, la existencia de organizaciones políticas de carácter imperial en épocas precolombinas, ha hecho relativamente fácil trazar una continuidad espacial entre estas y los espacios de soberanía estatal establecidos a partir del siglo XIX (Cf. Tantaléan, 2010; Vázquez, 2003). Pero allí en donde los sistemas políticos precolombinos no implicaban el dominio de territorios extensos, como es el caso de Colombia, la edificación de un imaginario nacional basado en el pasado precolombino ha tenido que recurrir a procedimientos más complejos.

Propongo que tres factores fundamentales han actuado como ejes para la conformación de un esquema espacial de frecuente recurrencia en la organización de textos y mapas de la arqueología en Colombia desde mediados del siglo XIX hasta finales del XX: a) observancia estricta de los límites del territorio de la República, b) sus cambiantes divisiones político-administrativas internas y c) un esquema geopolítico de carácter altitudinal, conforme al cual funciona una valoración moral de la población, otorgando mayor grado de civilización y progreso a las sociedades

de las tierras altas de las montañas andinas, frente a aquellas situadas en las tierras bajas de los litorales marítimos y los llanos y selvas del Orinoco y el Amazonas.

Aunque la cartografía arqueológica propiamente dicha solo comienza a producirse en Colombia a finales del siglo XIX, estos factores comienzan a hacerse visibles desde los primeros mapas históricos de la nueva república. En el *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*, del coronel Joaquín Acosta (1848), se incluye un mapa relativo a las rutas de “los descubridores”, que es elocuente acerca de la concentración espacial de la relectura de los cronistas europeos en el centro-occidente de la joven república (véase figura 3).

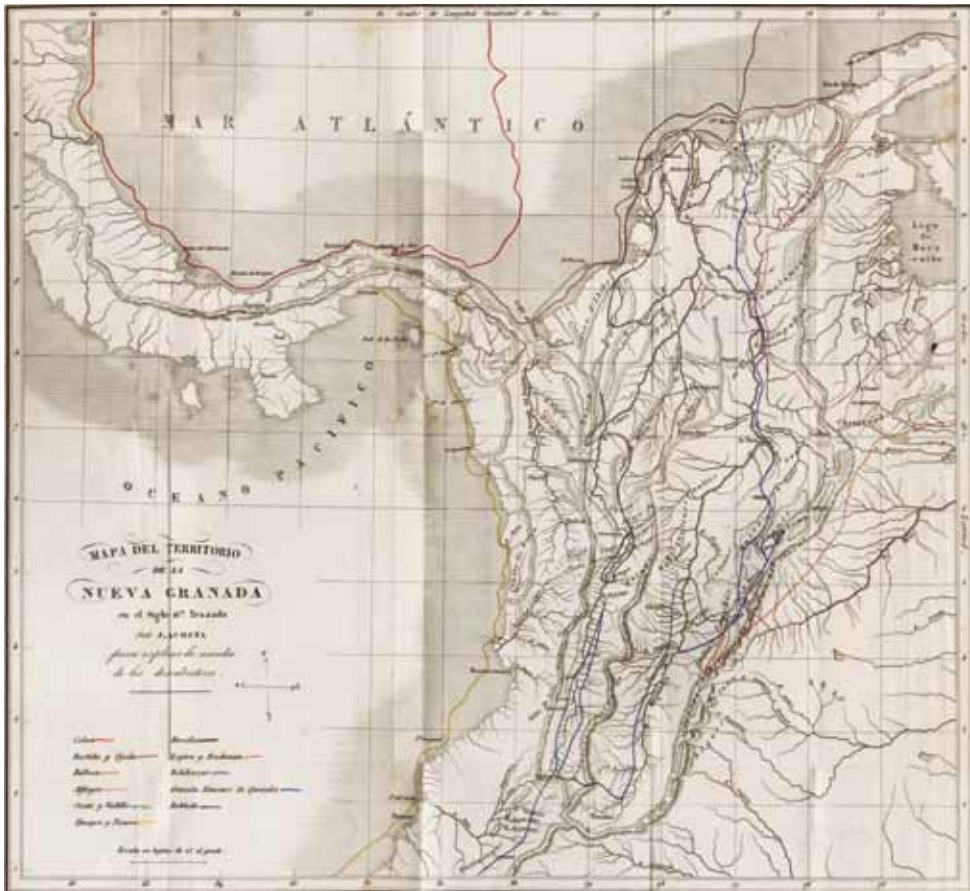


Figura 3. Mapa del territorio de la Nueva Granada en el siglo XVI. Trazado por J. Acosta para explicar la marcha de los descubridores. Grabado por Alexis Orgiazzi (Acosta, 1848)

El análisis espacial de la forma en que está estructurado el texto permite corroborar el énfasis puesto por el autor en ciertas regiones. Empleando como base *Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia*, de Codazzi, Paz y Pérez (1889), se tiene que Acosta dedica la mayoría los capítulos al antiguo territorio de los chibchas, esto es, a las provincias de Bogotá, Cundinamarca, Tequendama, Zipaquirá, Tunja y Tundama (véase figura 4).



Figura 4. Espacialización de los capítulos del *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada* de Joaquín Acosta (1848)

De las cuatro láminas que acompañan la obra, dos se refieren al calendario chibcha, descrito en el siglo XVIII por el cura Domingo Duquesne, frecuentemente empleado durante el siglo XIX para exaltar estas sociedades precolombinas como muy avanzadas en la astronomía y el control del tiempo. Las otras dos, corresponden a adoratorios e ídolos del Magdalena (véanse figuras 5 y 6).

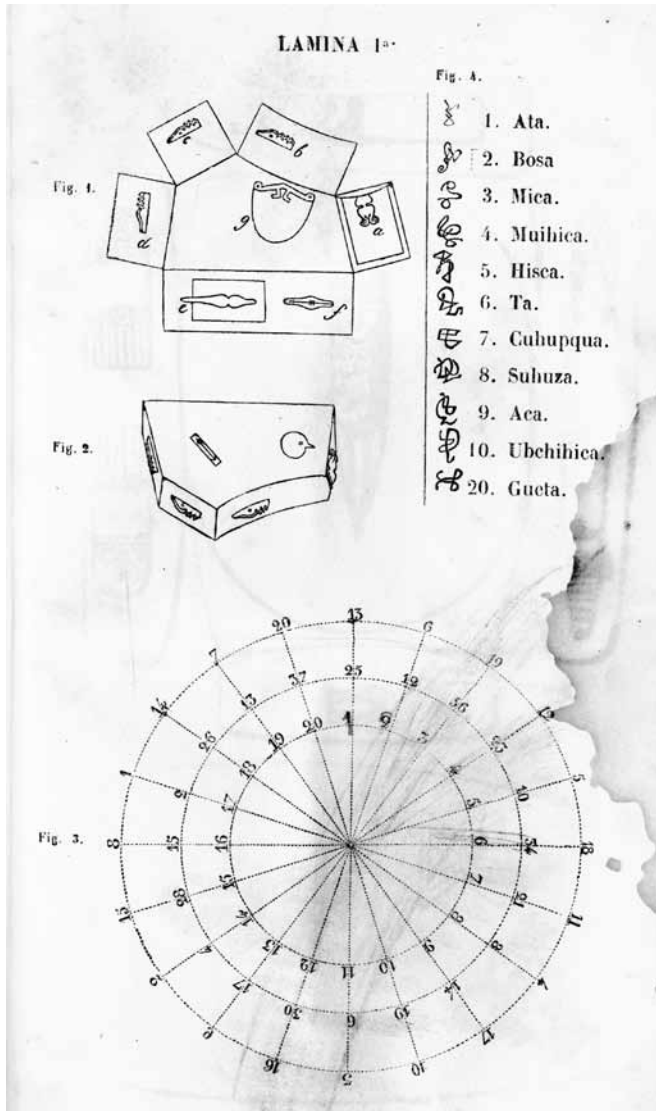


Figura 5. Lámina 1.^a Es a la que se refiere la memoria del Fr. Duquesne, y la piedra 1 que se representa se supone ser un calendario de los chibchas (Acosta, 1848)



Figura 6. Lámina 3.^a. Figura de tierra cocida del tamaño natural, como muestra de la industria de los antiguos indígenas de Santa Marta (Acosta, 1848)

En Colombia, las primeras obras exclusivamente dedicadas a la descripción e interpretación de las “antigüedades indígenas”, comienzan a publicarse durante la segunda mitad del siglo XIX, a cargo de anticuarios y letrados con formación en diferentes campos como la medicina, el derecho, la química y la ingeniería (Botero, 2006 y Langebaek, 2003). Por lo menos hasta finales del siglo, en dichas obras no aparecen mapas, lo cual no quiere decir que un esquema de organización espacial de los discursos estuviera ausente. Como lo ha anotado Del Castillo (2007: 97), la producción local de mapas era para mediados del siglo XIX una práctica escasa en Colombia. Las narraciones escritas eran mucho más frecuentes y fáciles de reproducir que las imágenes.

En las *Memorias sobre las antigüedades neo-granadinas*, publicadas en 1854 por el filólogo y anticuario bogotano Ezequiel Uricoechea, uno de los primeros libros en dedicarse enteramente al tema de los vestigios indígenas precolombinos, cuatro láminas representan objetos chibchas del altiplano cundiboyacense y de los indígenas de Arma, una zona que ya había recibido atención secundaria por Acosta y que era objeto del saqueo sistemático de tumbas precolombinas por parte de los colonos antioqueños (Piazzini, 2009) (véanse figuras 7 y 8).

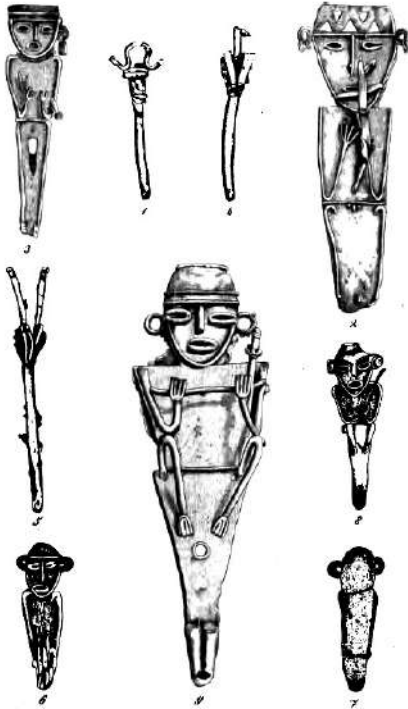


Figura 7. Lámina I. Tunjos neogranadinos (Uricoechea, 1854)



Figura 8. Lámina IV. Antigüedades neogranadinas. Según un daguerrotipo y los dibujos de E. Uricoechea (1854)

Por su parte, el análisis espacial del texto indica una predominancia de los capítulos dedicados a las antigüedades chibchas, en segundo lugar a Arma en la provincia de Antioquia y algunas referencias marginales a la Sierra Nevada en la provincia de Santa Marta, las ruinas de San Agustín en la provincia de Neiva y las de Villa de Leiva en la provincia de Vélez (véase figura 9).

Cerca de tres décadas después, esta tendencia a otorgar un lugar privilegiado a las antigüedades y sociedades indígenas del área andina y entre estas a las de Cundinamarca y el sur de Antioquia se hace aún más evidente en el libro *El Dorado* del anticuario bogotano Liborio Zerda (1883). El ejercicio de espacialización de los capítulos que conforman el texto, realizado esta vez sobre la *Nueva Carta geográfica de los Estados Unidos de Colombia* de Codazzi, Paz y Pérez (1889), indica una proporción muy alta de capítulos dedicados a tratar las antigüedades de los estados de Cundinamarca y Antioquia, con algunas referencias menores a los estados de Magdalena, Panamá, Bolívar, Huila y Cauca (véase figura 10).



Figura 9. Espacialización de los capítulos de *Memorias sobre las antigüedades neo-granadinas* (Uricoechea, 1854)

En correspondencia, las láminas ilustran fundamentalmente piezas y lugares arqueológicos de Cundinamarca y Antioquia (véanse figuras 11 y 12), predominancia que se observa también en un álbum inédito titulado *Antigüedades neogranadinas* atribuido a Zerda (Vanegas, 2011).

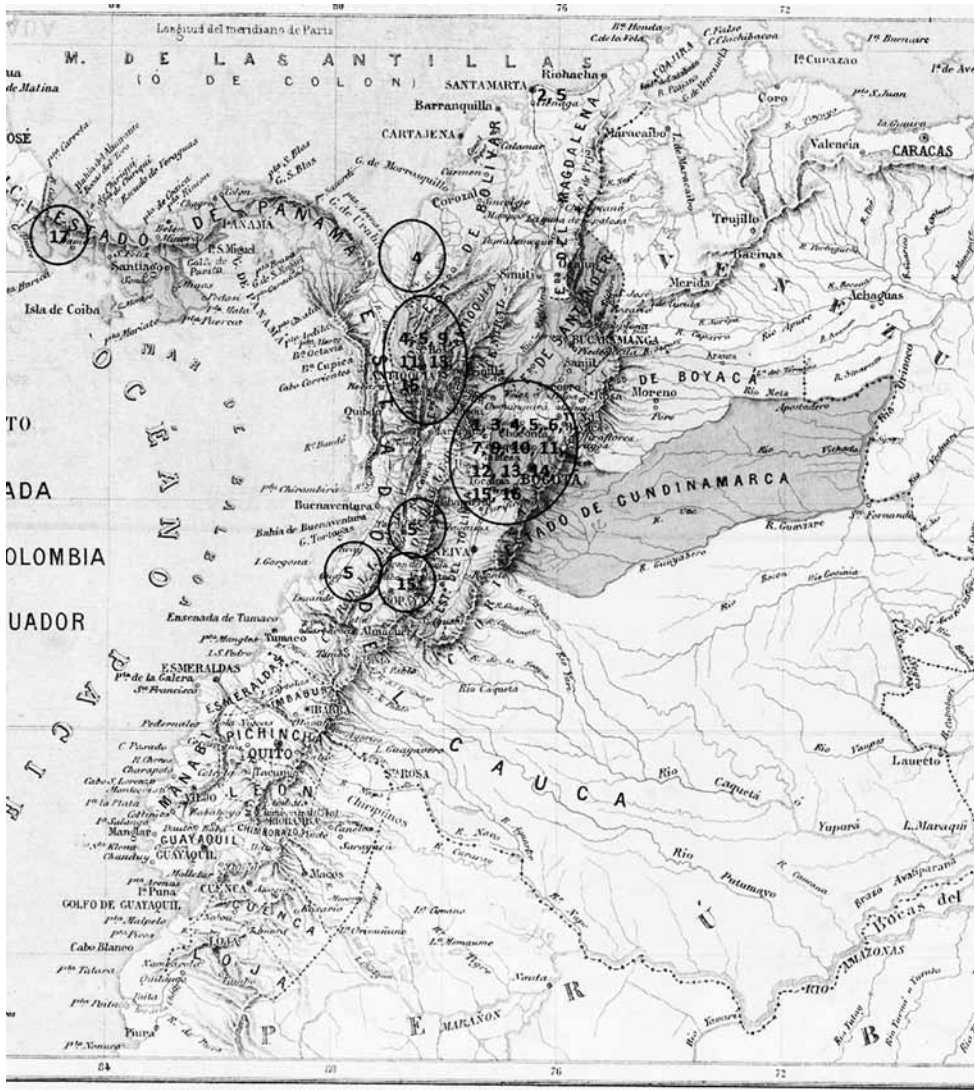


Figura 10. Espacialización de los capítulos de *El Dorado* (Zerda, 1883)

Para las últimas décadas del siglo XIX el otorgar preeminencia a las sociedades muiscas del altiplano cundiboyacense dentro de la literatura arqueológica de Colombia era ya un lugar común. En los textos de anticuarios como Uricoechea y Zerda y en los de historiadores como Joaquín Acosta (1848) y José María Samper (1861), los muiscas ocupaban, después de los incas y los mayas, un honroso tercer lugar entre las civilizaciones más avanzadas del mundo precolombino. Ello se hace visible en uno de los primeros mapas colombianos con referencia expresa a la distribución de

las sociedades indígenas precolombinas, publicado en 1889 en el Atlas de Codazzi, Paz y Pérez: la “Carta de Colombia que representa la ruta de los conquistadores y exploradores en el territorio que forma la República, la posición de las tribus y las primeras fundaciones y divisiones políticas” (Codazzi, Paz y Pérez 1889). Aquí, en el centro de la República se delimita un polígono, justamente en los alrededores de Bogotá, en donde se destaca el “país de los chibchas” con su Cipazgo de Bacatá y sus principales asentamientos, entre la gran cantidad de nombres de tribus de todas las épocas que se ubican en el resto del país (véase figura 13).

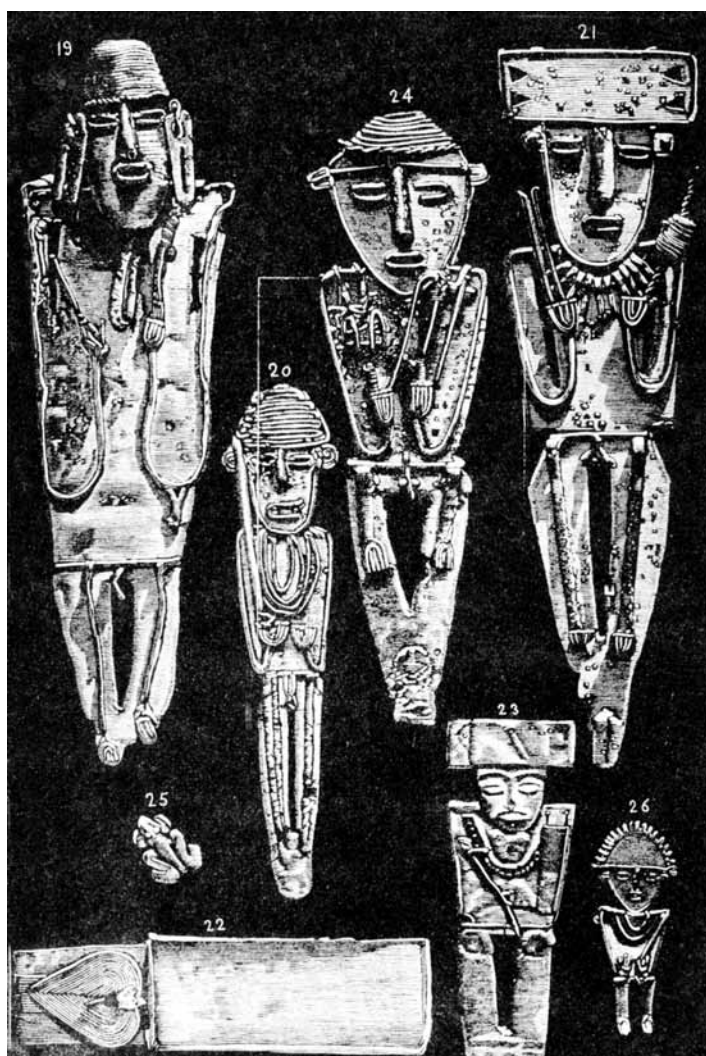


Figura 11. Figuras halladas en una huaca cerca de Quetame. Grabado de Barreto (Zerda, 1883)

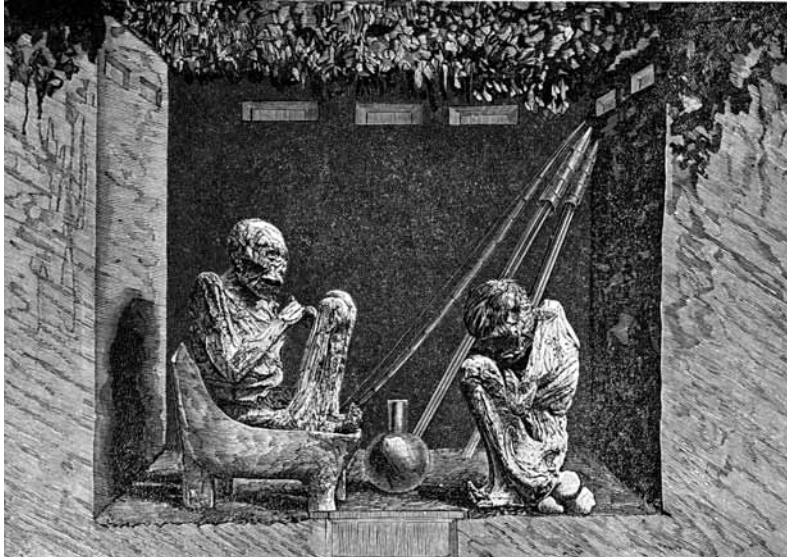


Figura 12. Sepulcro de los aborígenes de Antioquia. Dibujo de Urdaneta. Grabado de Rodríguez (Zerda, 1883)



Figura 13. País de los chibchas. Detalle de la "Carta de Colombia que representa la ruta de los conquistadores y exploradores en el territorio que forma la República, la posición de las tribus y las primeras fundaciones y divisiones políticas" (Codazzi, Paz y Pérez 1889)

Se trata ni más ni menos que de la negación de la contemporaneidad (Fabian, 1983) del indígena vivo, por medio de su remisión a temporalidades prehistóricas e incluso a espacios alejados en los que solo existiría el tiempo remoto, estático y eterno de las naturalezas salvajes. Paradójicamente parece existir mayor relación espacio-temporal entre las evidencias arqueológicas precolombinas y las sociedades criollas del siglo XIX, que entre estas últimas y las sociedades indígenas que para la misma época habitaban Colombia. Después de todo, las evidencias arqueológicas hasta entonces conocidas se concentraban en los territorios más poblados del país, esto es, en el área andina.

En este complejo sistema de jerarquización moral y política de las diferencias espacio-temporales, no resultaba funcional para la edificación de las bases históricas y territoriales de la nación el hacer tabula rasa del pasado precolombino como un estadio generalizado de barbarie. Los muiscas o chibchas del altiplano cundiboyacense y los pueblos que en el siglo XVI ocupaban Antioquia y la cuenca media del río Cauca, descollaban como los más avanzados respecto de las tribus salvajes que habían poblado y aún poblaban el territorio colombiano. Y ello no solo en el ámbito de la literatura arqueológica e histórica nacional, sino también en el contexto internacional.

A raíz de los preparativos para la participación colombiana en las exposiciones Histórico-Americana de Madrid de 1892 y Universal de Chicago en 1893, se diseñaron montajes y se escribieron catálogos y textos en los cuales las piezas arqueológicas de las sociedades chibchas y quimbayas aparecían como representaciones de la riqueza, laboriosidad, refinada estética y avanzado estado de civilización de la antigua Colombia (véase figura 15).

En este contexto, los políticos, empresarios y anticuarios antioqueños, Vicente Restrepo y su hijo Ernesto se encargaron de hacer entrega, a manera de regalo, del famoso tesoro de oro quimbaya al gobierno español, al igual que de vender, en varios museos de Europa y Norteamérica piezas de sus propias colecciones y de las de otros anticuarios colombianos (véase figura 16).

A ello se sumaba la publicación, entre 1892 y 1895, de dos de las primeras monografías arqueológicas de Colombia, tituladas precisamente como *Ensayo etnográfico y arqueológico de la Provincia de los quimbayas* (1892b) y *Los chibchas antes de la Conquista española* (1895), a cargo de Ernesto Restrepo y Vicente Restrepo, respectivamente.

En esta última obra se publicaría la “Carta del territorio de los Chibchas”, elaborada por el cartógrafo Manuel María Paz. De acuerdo con la imagen, virtualmente los chibchas habrían sido los únicos pueblos indígenas precolombinos en poseer un espacio de organización política equiparable al territorio de los estados modernos.



Figura 15. Colombia en la exposición. Objetos de las colecciones del gobierno de la República y de D. Vicente Restrepo (de fotografías directas) (Restrepo, 1892a)

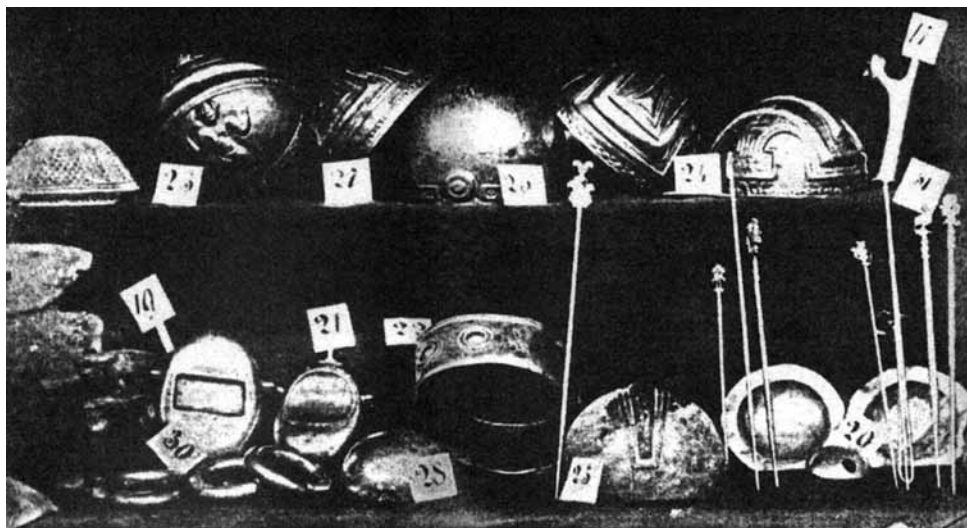


Figura 16. El tesoro quimbaya (1892). Archivo Museo del Oro

Pero hay que advertir que aunque Vicente Restrepo no dudaba en reconocer a los chibchas su condición de ser el pueblo más avanzado de la prehistoria colombiana, se proponía en su libro hacer una “rectificación histórica”, de aquellas tesis que desde finales del siglo XVIII venían proponiendo que estas sociedades tenían escritura y un sistema de cálculo del tiempo cronológico (i. e. Duquesne, Humboldt, Uricoechea y Zerda). Para el autor, estos rasgos resultaban demasiado avanzados para una sociedad que pese a todo estaba destinada a sucumbir ante la superioridad europea y para bien de la civilización cristiana (Restrepo, 1895).

Esta crítica rotunda a la exaltación de los chibchas como dignos antecesores del territorio en donde se asentaban las élites de la capital de la República, coincidía con la consolidación del área quimbaya como un núcleo de especial atención por parte de otros anticuarios antioqueños. Ya en 1885 Uribe Ángel había planteado que las sociedades indígenas de Antioquia, pese a su barbarie, eran más avanzadas que los chibchas (Uribe, 1885: 509), mientras que Ernesto Restrepo, enfatizaba que a pesar de su grado de civilización, los chibchas, como todos los habitantes indígenas precolombinos de Colombia, no habían logrado desarrollar la escritura (Restrepo, 1892b).

Estos incipientes debates arqueológicos, sumados al análisis de los lugares de enunciación de los anticuarios e historiadores que en el siglo XIX dieron forma a los chibchas y quimbayas arqueológicos, indican la existencia de rivalidades y tensiones entre élites regionales que tímidamente se hacían visibles en los discursos arqueológicos. En este sentido, la emergencia de una cartografía arqueológica en Colombia, debe ser entendida como la producción de unas espacialidades precolombinas que,

no obstante, dicen más de los procesos de organización espacial de la nueva República en el siglo XIX, incluidas las tensiones políticas y territoriales entre las élites capitalinas y antioqueñas, que de las territorialidades que efectivamente hayan podido tener las sociedades indígenas precolombinas. Por lo demás, era precisamente en Cundinamarca y en Antioquia en donde se venían dando las condiciones básicas de tipo social, económico y político que permitirían la emergencia de la figura del anticuario y con ello, la adopción de una mirada capaz de ver reliquias, antigüedades, monumentos o evidencias arqueológicas, allí en donde el resto de la nación no veía más que la masa informe de tierras, rocas, terrenos y paisajes naturales.

—IV—

Pero en poco tiempo condiciones similares se fueron generando en otras partes de la nación, de tal forma que durante las primeras décadas del siglo XX, las élites letradas de otras regiones de Colombia fueron haciendo visibles las evidencias arqueológicas que correspondían a los sustratos prehistóricos sobre los que descansaban y encontraban particularidad sus territorios. A la par del auge de monografías históricas municipales promovidas por la Academia Colombiana de Historia, fundada en 1902, se fueron publicando numerosas noticias sobre hallazgos y colecciones arqueológicas en varias regiones del país (García, 2009). A ello se sumaba el desarrollo de las primeras investigaciones arqueológicas que seguían el protocolo científico de excavaciones controladas in situ, realizadas en su gran mayoría por extranjeros en varias partes del país, entre las cuales curiosamente no estaban ni Cundinamarca ni el área quimbaya (Hernández de Alba 1938a, Mason 1931, Pérez 1937 y 1938, Preuss 1931, Schotellius 1941, Wassen 1936). Así, para 1938, cuando Gregorio Hernández de Alba, virtualmente el primer antropólogo colombiano, publica su mapa de sitios arqueológicos de Colombia, ya acompañan a las zonas muisca y quimbaya las de San Agustín, Nariño, Tierradentro, Calima, Mosquito, Tayrona y Los Santos (Hernández de Alba 1938b) (véase figura 17).

Este tipo de mapa arqueológico de Colombia, con algunas adiciones y modificaciones en la nomenclatura de las áreas o culturas precolombinas, se iría recreando y enriqueciendo con contenidos regionales durante las siguientes décadas. Pese al desarrollo cada vez más numeroso de investigaciones científicas que permitían tener el control más preciso de la proveniencia y ubicación geográfica de las evidencias, la lógica de representación espacial de los mapas arqueológicos permaneció relativamente igual. La implementación, por parte de arqueólogos colombianos y extranjeros de un enfoque histórico-cultural preocupado por establecer relaciones entre el registro arqueológico y los grupos étnicos (Trigger, 1992: 163), resultó funcional al esquema que venía operando localmente desde el siglo XIX, en la medida en que otorgaba prelación al ordenamiento de los datos arqueológicos según áreas culturales.

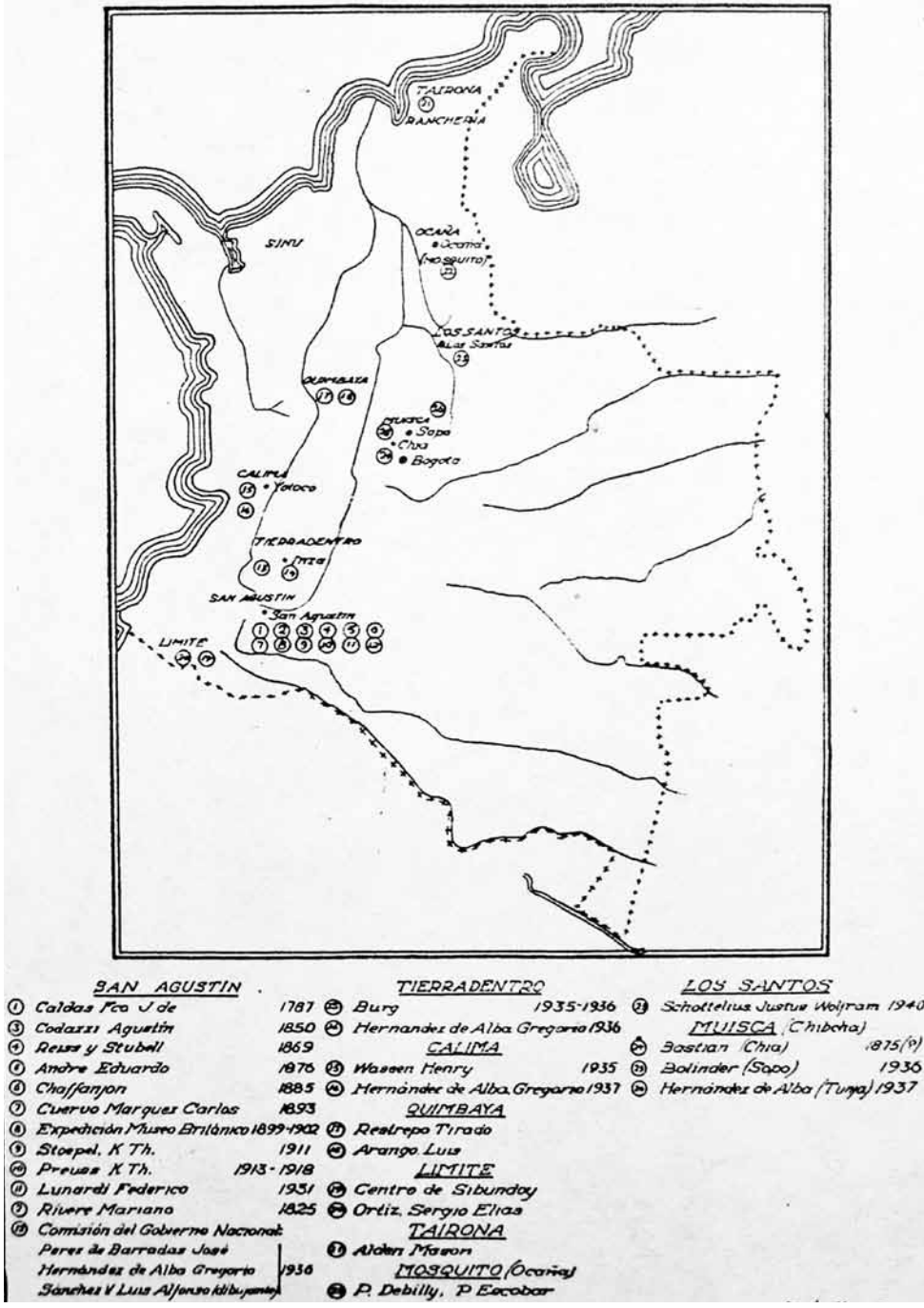


Figura 17. Sitios arqueológicos de Colombia y sus investigadores. Dibujo de Luis Alfonso Sánchez (Hernández de Alba, 1938b)

Es más, los mapas invisibles que no obstante regían la lógica espacial de ordenamiento de los discursos históricos y arqueológicos de mediados del siglo XIX, anticipaban ya los rasgos fundamentales de estos mapas arqueológicos del siglo XX: una concentración de las culturas precolombinas en el área andina y el litoral Atlántico, el correspondiente silencio en lo relativo a las sociedades indígenas precolombinas de las tierras bajas del Oriente, y una posición destacada del altiplano cundiboyacense (área chibcha o muisca) y el área de colonización antioqueña hacia el valle medio del río Cauca (zona quimbaya) (véanse figuras 18 a 22).



Figura 18. Mapa de Colombia (Bennett, 1944)

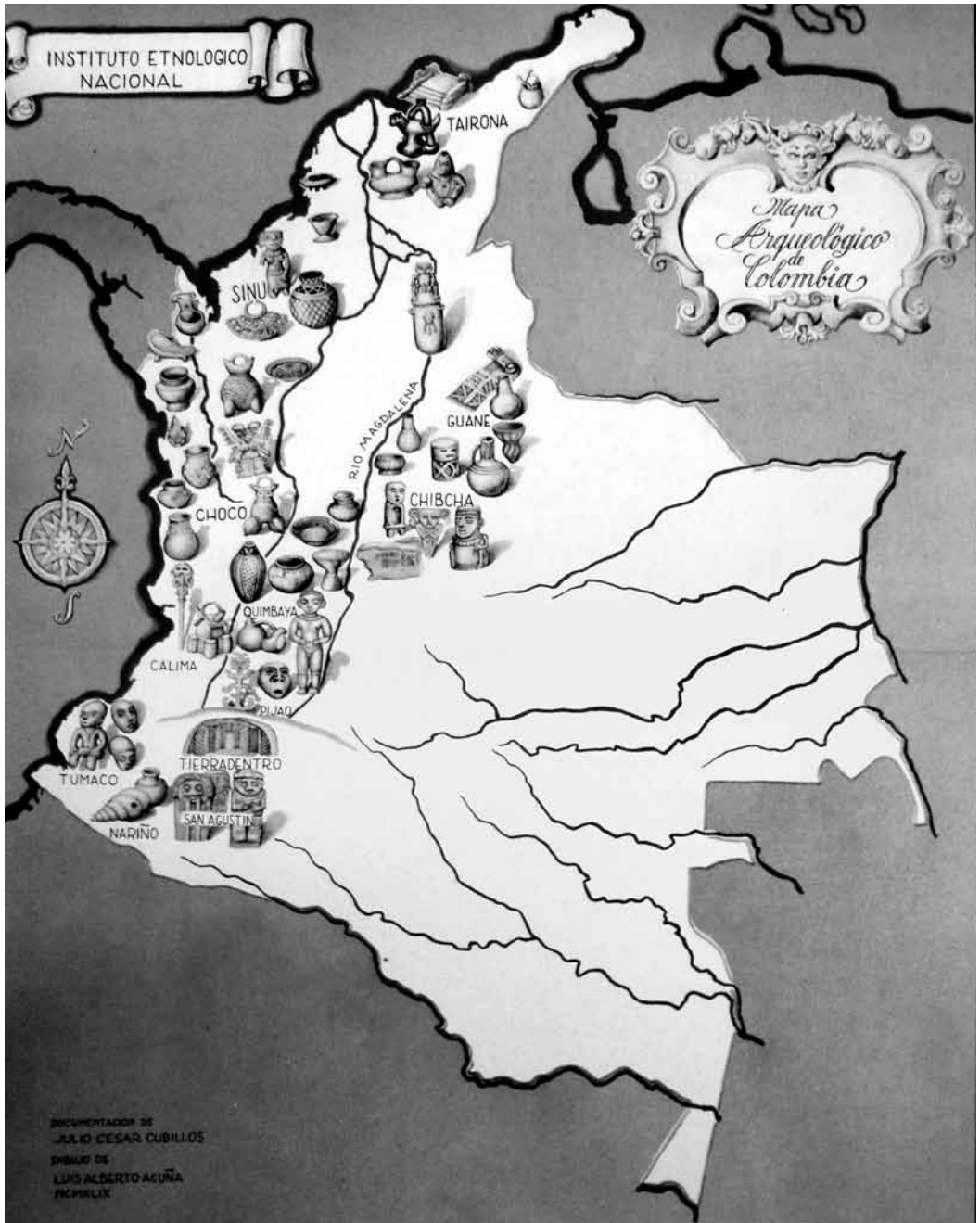


Figura 19. Mapa arqueológico de Colombia. Instituto Etnológico Nacional. Documentación de Julio César Cubillos. Dibujo de Luis Alberto Acuña (Banco de la República, 1948)

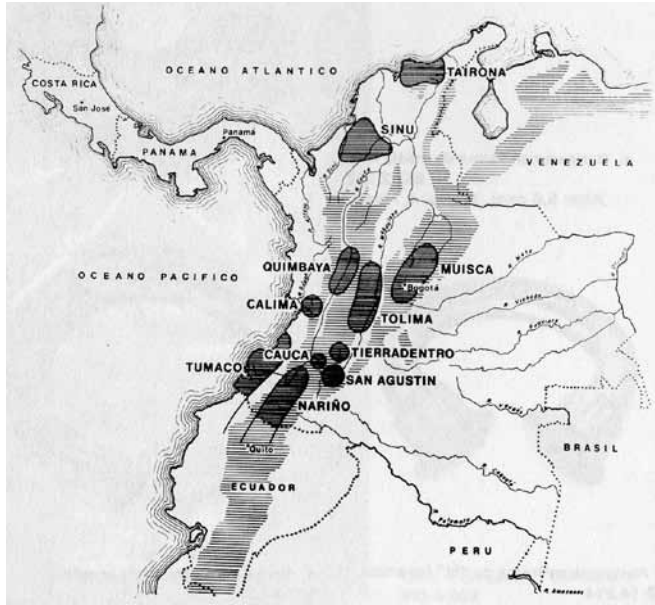


Figura 21. Regiones orfebres de Colombia (Plazas y Falchetti, 1978)

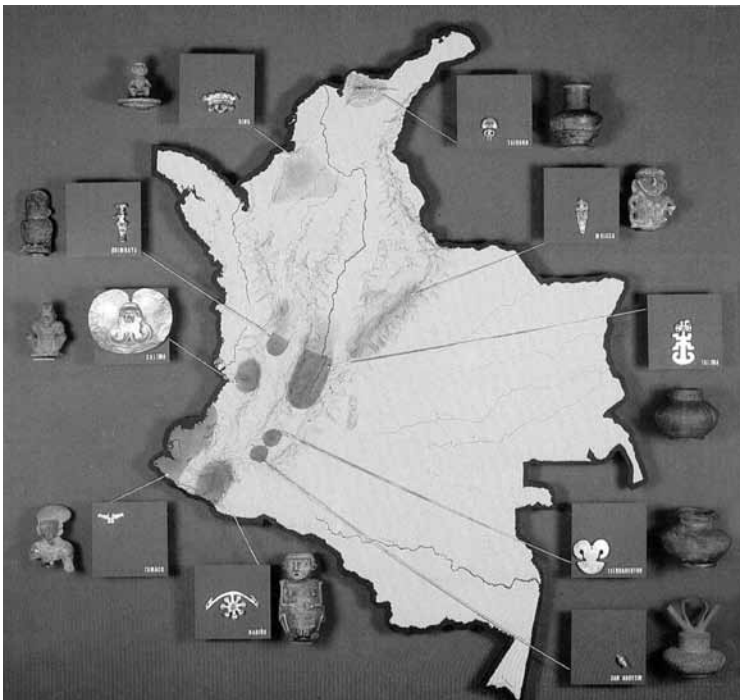


Figura 22. Zonas arqueológicas de Colombia (Banco de la República, 1991: 17)

Esta relativa permanencia se debe al hecho de que buena parte de las regionalizaciones arqueológicas del país se siguieron efectuando a partir de piezas arqueológicas provenientes de guaquería, las cuales poseían información muy precaria o nula sobre proveniencia geográfica, problema generalmente solventado mediante la adscripción a determinados estilos cerámicos u orfebres. Pero más importante que ello es el hecho de que los esquemas políticos y morales de jerarquización de las diferencias espacio-temporales de la población colombiana continuaron siendo, con ligeras variaciones, los mismos. En dos juegos de mapas que en 1954 y 1963 alternaban representaciones de la Colombia prehispánica y la Colombia indígena contemporánea, se reproduce la misma lógica que habían empleado Codazzi y sus colaboradores en el Atlas de 1889: los indios muertos habitaban el centro geopolítico del país, mientras que los indios vivos habitan generalmente la periferia del mismo (véanse figuras 23 a 26).



Figura 23. Mapa arqueológico de Colombia. Instituto Etnológico Nacional. Documentación de Julio César Cubillos. Dibujo de Luis Alberto Acuña. Copia a pluma de José J. Parra G. (Arango, 1954)

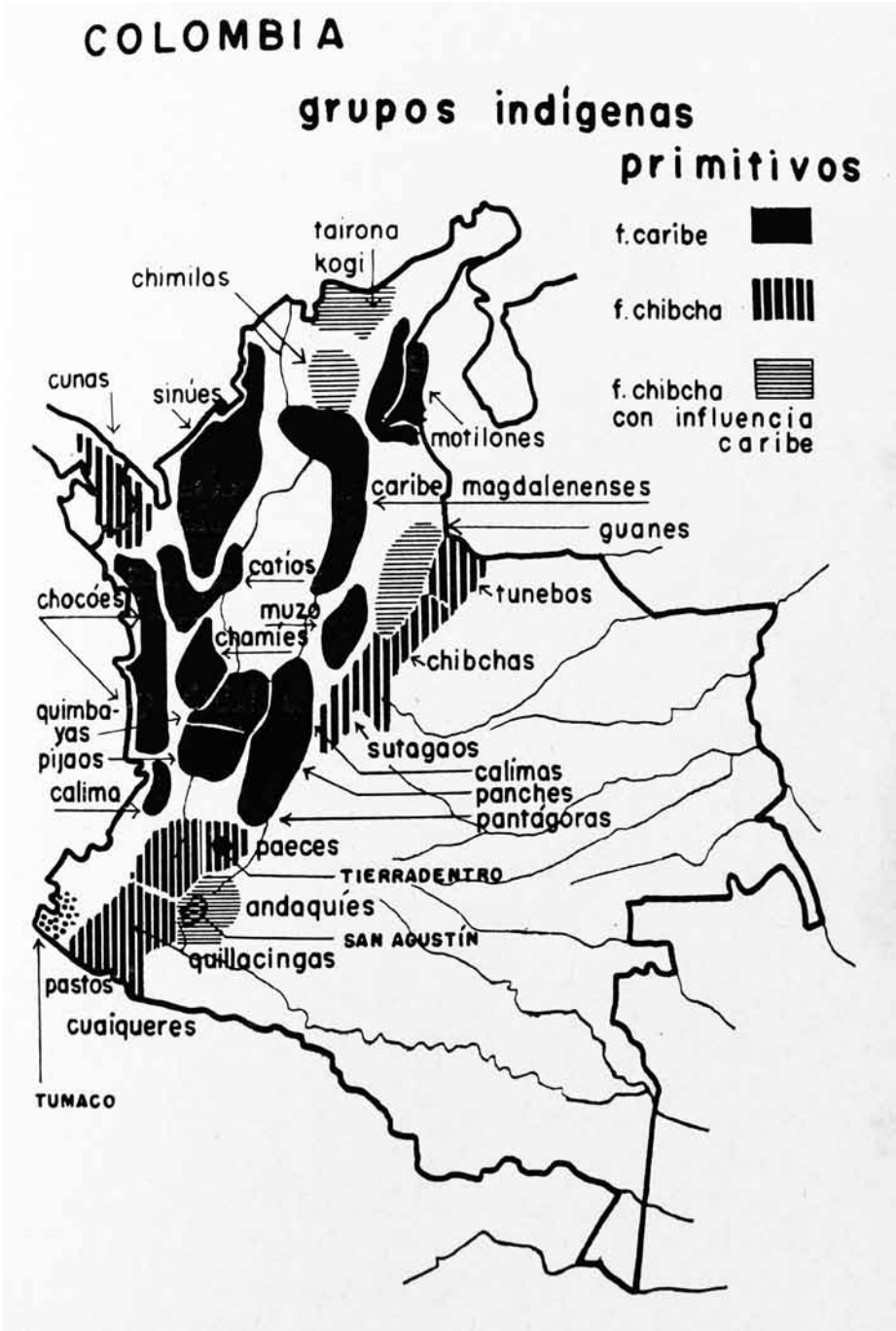


Figura 25. Colombia. Grupos indígenas primitivos (Calle y Rodríguez, 1963)



Figura 26. Colombia. Localización de los grupos indígenas actuales (Calle y Rodríguez, 1963)

Fueron relativamente pocos los mapas del siglo XX, en las cuales en lugar de regiones o áreas arqueológicas se graficaban los sitios que habían sido científicamente investigados. Como corresponde a la lógica de la cartografía científica, en estos mapas opera una gramática espacial que purifica las representaciones políticas y étnicas, siendo más austera y desprovista de representaciones realistas de piezas arqueológicas y con una referencia más explícita a los rasgos naturales (ríos, cordilleras u curvas de nivel) (véanse figuras 27 y 28).



Figura 27. Localización de los principales sitios líticos documentados hasta 1986. Dibujo de César Marulanda (Reichel-Dolmatoff, 1986)

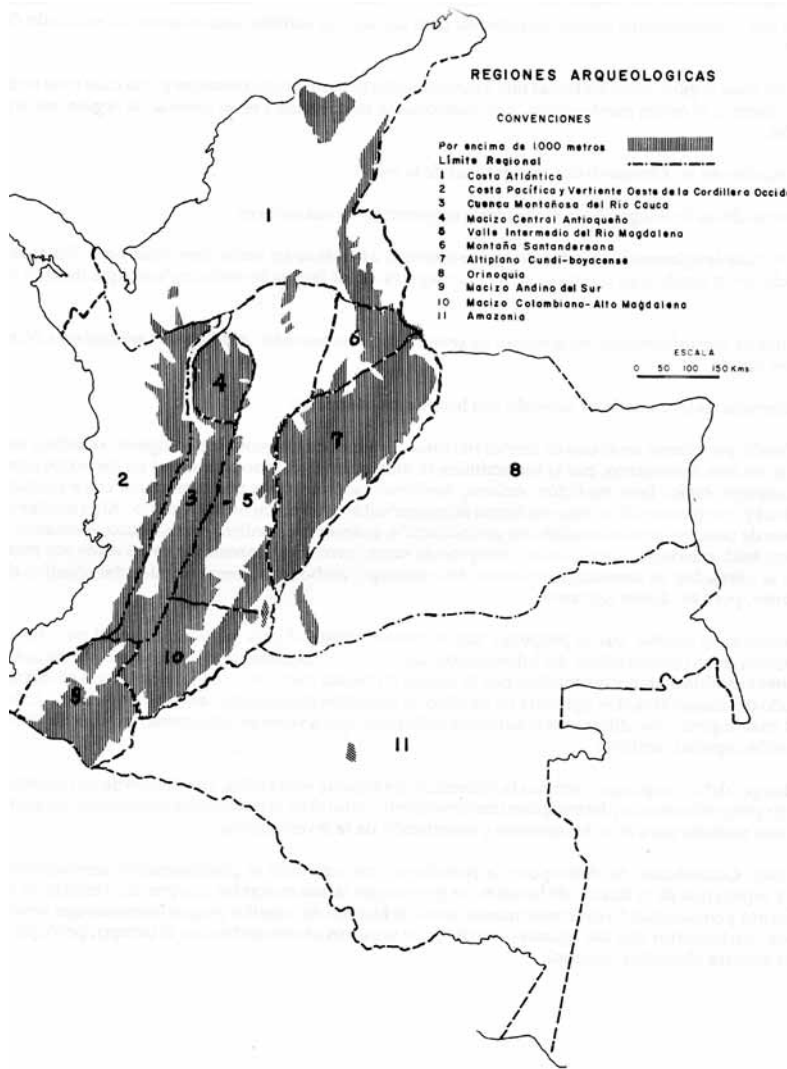


Figura 28. Regiones arqueológicas (ICANH, 1989)

Pero estos mapas pretendidamente asépticos de cualquier relación entre ciencia y política, no resultaban funcionales a la hora de naturalizar las relaciones entre los espacios territoriales que ordenaban la soberanía de la nación y los iconos emblemáticos de las culturas arqueológicas. Su eficacia descansaba en una geopolítica del conocimiento que operaba a otra escala: la producción y movilización de datos arqueológicos locales para alimentar teorías globales sobre la adaptación humana al ambiente y la evolución y cambio de las sociedades. Pero esa es una historia diferente,

referida a otras espacialidades del conocimiento, como son las localizaciones y las redes, sobre la cual no me detendré aquí (Piazzini, 2010).

En lo que atañe al esquema espacial que venimos analizando, en museos locales y nacionales, en exposiciones internacionales, en publicaciones académicas e informales y en una amplia gama de dispositivos visuales como sellos de correo, monedas, postales, afiches y marcas publicitarias, se fue recreando y consolidando un repertorio iconográfico que hoy hace parte fundamental del imaginario sobre lo que es Colombia y lo que son sus regiones (véanse figuras 29 a 32).

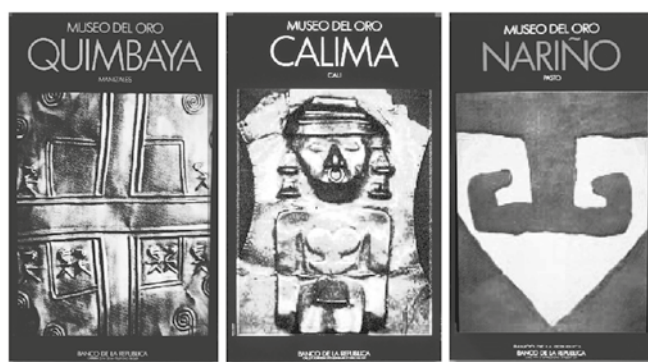


Figura 29. Afiches de exposiciones regionales del Museo del Oro. Fotografía Archivo Museo del Oro (Sánchez, 2003)



Figura 30. Iconografía arqueológica regional en sellos postales colombianos emitidos en la década de 1970



Figura 31. Iconografía arqueológica en papel moneda colombiano emitido en las décadas de 1970 y 1980

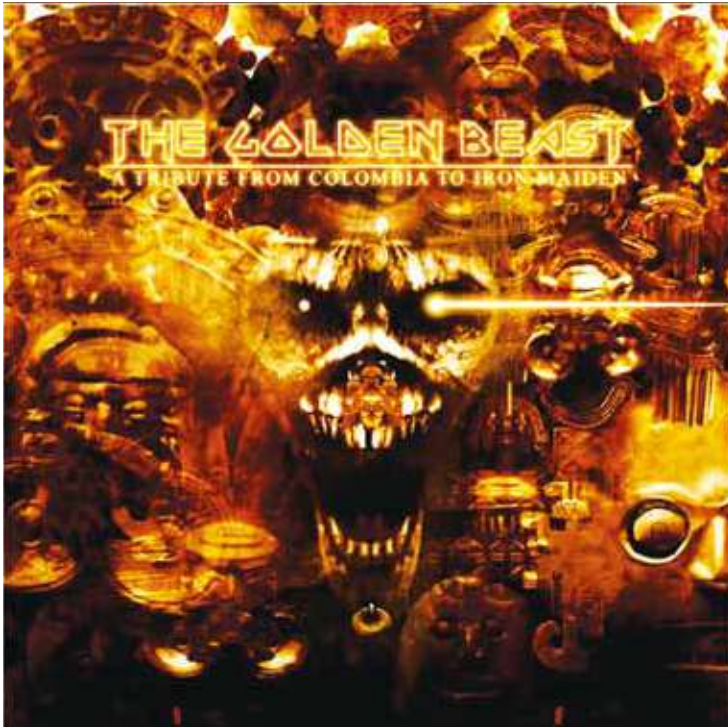


Figura 32. Iconografías arqueológicas recreadas en el diseño de la promoción de un concierto de heavy metal en 2008. Imagen de Felipe Machado

—v—

La arqueología es una práctica espacial no solo porque en sus protocolos de investigación resultan fundamentales el registro y análisis de las materialidades del pasado, su localización tridimensional y sus relaciones topológicas, sino porque está abierta a las geografías del presente, tanto para ser afectada por ellas, como para contribuir activamente en su producción y reproducción. El análisis de las cartografías arqueológicas de Colombia, que en este texto ha incluido no solo los mapas convencionales sino también los esquemas espaciales que rigen el ordenamiento de las narraciones escritas, permite ver cómo las dinámicas políticas que hicieron parte de la conformación de los espacios territoriales de la nación, incidieron poderosamente en el ordenamiento y valoración de las evidencias arqueológicas del pasado indígena precolombino. Pero a su vez, es posible ver cómo en ese ejercicio de dibujar el mapa arqueológico de Colombia y sus regiones, se fueron generando sentidos de pertenencia e identidad, a la vez que consolidando

poderes regionales mediante la naturalización de un sistema de correspondencias entre determinados territorios del presente y emblemas arqueológicos que actúan como un anclaje remoto para los mismos.

De otra parte, el análisis de estas arqueografías permite comprender cómo funcionan las dimensiones geopolíticas y territoriales dentro del campo más amplio de las geografías del conocimiento, en el cual operan, valga decirlo, otras espacialidades no abordadas expresamente en esta presentación, como son las localizaciones y la redes científicas (Piazzini, 2010).

Finalmente es necesario decir que hoy se necesitan nuevos mapas arqueológicos, no solo porque las investigaciones sobre las sociedades indígenas precolombinas se han descentrado y extendido notablemente durante los últimos años, sino porque es necesario hacer más arqueología de las sociedades campesinas y urbanas, comenzar a pagar la deuda de las arqueologías afro- y realizar investigaciones transfronterizas. También son otros los públicos que están dispuestos a ver esos nuevos mapas: amplios sectores del país que hoy reconocen el valor de los patrimonios como dispositivos políticos que permiten tejer relaciones entre nuevas memorias y territorios (Piazzini, 2008).

Referencias bibliográficas

- Acosta, Joaquín (1848). *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto*. París: Imprenta de Beau.
- Arango, Teresa (1954). *Precolombia. Introducción al estudio del indígena colombiano*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra S. A.
- Banco de La República (1948). *El Museo del Oro*. Bogotá: Ediciones conmemorativas de la fundación del Banco de la República en su xxv aniversario. Talleres Gráficos del Banco de la República.
- _____ (1991). *Museo del Oro*. Bogotá: Banco de la República.
- Bennett, Wendell (1944). *Archaeological Regions of Colombia: A Ceramic Survey*. Yale University Publications in Anthropology, N.º 30. New Haven.
- Botero, Clara Isabel (2006). *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas 1820-1945*. ICANH-Universidad de los Andes. Bogotá.
- Calle, Jairo y Rodríguez, Luis (1963). *Prehistoria*. Medellín: Editorial Bedout.
- Codazzi, Agustín; Paz, Manuel y Pérez, Felipe (1889). *Atlas jeográfico e histórico de la República de Colombia*. París: Imprenta de A. Lahure.
- Del Castillo, Lina (2007). *The Science of Nation Building: A History of Geographic Sciences in Colombia, 1821-1921*, Tesis doctoral en Historia, University of Miami.
- Díaz-Andreu, Margarita (1999). “Nacionalismo y arqueología: del Viejo al Nuevo Mundo”. En: *Revista do Museo de Arqueologia e Etnologia*, Suplemento, N.º 3, pp. 161-180.
- Fabian, Johannes (1983). *Time and the Other: How Anthropology Makes its Object*. Nueva York: Columbia University Press.
- García, Héctor (2009). “¿Qué hay en un nombre? La Academia Colombiana de Historia y el estudio de los objetos arqueológicos”. En: *Memoria y Sociedad*, Vol. 13, N.º 27 pp. 41-60.

- Harley, J. B. (2001). *The new nature of maps. Essays in the history of cartography*. The John Hopkins University Press. Baltimore y Londres.
- Hernández de Alba, Gregorio (1938a). "Investigaciones arqueológicas en Tierradentro". En: *Revista de Indias*, Vol. 2, N.º 9, pp. 29-35.
- _____ (1938b). *Colombia. Compendio arqueológico*. Ministerio de Educación Nacional. Bogotá.
- Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH (1989). *Colombia prehispánica Regiones arqueológicas*. ICANH. Bogotá.
- Langebaek, Carl (2003). *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*. Colciencias, Bogotá.
- _____ (2009). *Los herederos del pasado. Indígenas y pensamiento criollo en Colombia y Venezuela*, 2 Vols, Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, CESO, Bogotá.
- Lois, Mariana (2000). "La elocuencia de los mapas: un enfoque semiológico para el análisis de cartografías". En: *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, N.º 36, pp. 93-109.
- Mason, John Alden (1931). *Archaeology of Santa Marta, Colombia: The Tairona Culture*. Marshall Field archaeological expedition to Columbia (1922-23). Field Museum Press, Chicago.
- Moser, Stephanie (1998). *Ancestral images. The iconography of human origins*. Sutton Publishing. Phoenix.
- Pérez de Barradas, José (1937). *Arqueología y Antropología Precolombinas de Tierradentro*. Ministerio de Educación Nacional. Bogotá.
- _____ (1938). "Arqueología de San Agustín. Las Culturas de San Agustín (Huila) y sus relaciones con las culturas prehistóricas suramericanas". *Revista de Indias*, Vol. 2, N.º 8, pp. 35-50.
- Piazzini, Emilio (2008). "Cronotopos, memorias y lugares: una mirada desde los patrimonios" En: Emilio Piazzini y Vladimir Montoya (eds.). *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Editorial La Carreta-Instituto de Estudios Regionales, Medellín. pp. 171-183.
- _____ (2009). "Guaqueros, anticuarios y letrados: la circulación de artefactos arqueológicos en Antioquia (1850-1950)". Carl Langebaek y Clara I. Botero (comps.). En: *Arqueología y etnología en Colombia. La creación de una tradición científica*. Universidad de los Andes-Banco de la República, Bogotá, pp. 49-78.
- _____ (2010). "Geografías del conocimiento: transformación de los protocolos de investigación en las arqueologías latinoamericanas". En: *Geopolíticas*, Vol. 1, N.º 1 pp. 115-136.
- Plazas, Clemencia y Falchetti, Ana María (1978). "Orfebrería prehispánica de Colombia". En: *Boletín Museo del Oro*, N.º 1 pp. 1-53.
- Preuss, Konrad Theodor (1931). *Arte monumental prehistórico: excavaciones hechas en el alto Magdalena y San Agustín (Colombia) Comparación arqueológica con las manifestaciones artísticas de las demás civilizaciones americanas*. Traducción del alemán por Hermann Walde-Waldegg y César Uribe Piedrahita. Escuelas Salesianas de Tipografía y Fotograbado, Bogotá.
- Reclus, Élisée (1893). *Nouvelle Géographie Universelle. La Terre et les hommes, v. XVIII-Amérique du sud. Les régions andines*. Hachette, Paris.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo (1965). *Colombia: Ancient Peoples and Places*. Londres: Thames and Hudson.
- _____ (1986). *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Bogotá: Banco Popular.
- Restrepo, Ernesto (1892a). "Colombia en la Exposición". *La Ilustración Española y Americana*, N.º 45, 8 de diciembre. p. 398.

- Restrepo, Ernesto (1892b). *Estudios sobre los aborígenes de Colombia*. Primera parte. Imprenta de La Luz, Bogotá.
- Restrepo, Vicente (1895). *Los chibchas antes de la Conquista española*. Imprenta de La Luz, Bogotá.
- Rojas, Lucía (1995). *Arqueología colombiana. Visión panorámica*. Círculo de Lectores, Bogotá.
- Samper, José María (1861). *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas)*. París: Imprenta de E. Thurnot & Cía.
- Sánchez, Efraín (2003). "El Museo del Oro". En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 40, N.º 64, pp. 2-48.
- Schotellius, Justus (1941). "Arqueología de la Mesa de los Santos". *Educación*, N.ºs 2-3, pp. 137-150.
- Tantalean, Henry (2010). "El pasado tras del espejo: arqueología y nacionalismo en el Perú". Javier Nasti y Lucio Menezes (eds.). En: *Historias de arqueología sudamericana*. Universidad Maimónides, Buenos Aires, pp. 137-166.
- Trigger, Bruce (1992). *Historia del pensamiento arqueológico*. Editorial Crítica, Barcelona
- Uribe Ángel, Manuel (1885). *Geografía general y compendio histórico del estado de Antioquia en Colombia*. Imprenta de Victor Goupy y Jourdan, París.
- Uricoechea, Ezequiel (1854). *Memorias sobre las antigüedades neo-granadinas*. Librería de F. Schneider y Cía, Berlín.
- Vanegas, Carolina (2011). "La imagen arqueológica en la construcción de la imagen de la Nación en Colombia. El álbum antigüedades neogranadinas de Liborio Zerda". En: *Antípoda*, N.º 12, pp. 115-138.
- Vázquez León, Luis (2003). *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*. CIESAS, México.
- Wassen, Henry (1936) "An archacological study in the western Colomblan Cordillera". *Etnologiska Studier*, N.º 2, pp. 30-67.
- Zerda, Liborio (1883). *El Dorado: estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los chibchas, habitantes de la antigua Cundinamarca, y de algunas otras tribus*. Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía.